

Gritos y susurros II

EXPERIENCIAS INTEMPESTIVAS DE OTRAS 39 MUJERES



Denise Dresser

COORDINADORA

AGUILAR

RAYO
DENISE
AGUILAR

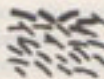
Gritos y susurros II

EXPERIENCIAS INTEMPESTIVAS DE OTRAS 39 MUJERES

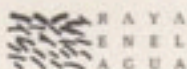
Denise Dresser

COORDINADORA

AGUILAR

 RAYA
EN EL
AGUA

AGUILAR



Copyright © Denise Dresser Guerra, 2009

De esta edición:

D. R. © Santillana, Ediciones Generales, S.A. de C.V., 2009

Av. Universidad 767, Col. del Valle.

03100 México, D.F. Teléfono (55) 54 20 75 30

www.editorialaguilar.com

D. R. © Ediciones Raya en el Agua, S.A. de C.V., 2009

Av. Cuauhtémoc 1430, Col. Santa Cruz Atoyac.

03310 México, D.F. Teléfono (55) 56 88 23 48

rayaenlagua@mx.inter.net

Primera edición: marzo de 2009.

ISBN: 978-607-11-0173-0

ISBN tapa dura: 978-607-11-0175-4

Diseño de interiores: Ediámac

Fotografías de portada y solapas: Guillermo Gúemez Sarre

Diseño de portada: León Muñoz Santini

Impreso en México.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por cualquier medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de las editoriales.



© Luis Ordóñez

SER, FINALMENTE, SÓLO YO

Magali Lara

Sorpresas

La adolescencia me tomó por sorpresa. Nunca pensé que me podía volver algo así, tan distinta a mis ambiciones de niña. Yo quería tranquilidad y evitar el exterior a toda costa. Y resulta que, de pronto, quiero estar afuera, ver otras cosas, sentirme en medio del mundo aunque no sepa para qué o por qué. Lo más inesperado fue el deseo enorme de pintar, aun cuando en mi examen de orientación vocacional me habían dicho que lo manual no era lo mío. Ya hasta había ido con mi mejor amiga de entonces a la Facultad de Filosofía y Letras en la UNAM. Soñábamos con nuestra vida de estudiantes, leyendo y aprendiendo a escribir sobre autores intensos pero a salvo, en casa. No me lo esperaba.

Tengo que admitir que no me conozco muy bien. Siempre he tenido una imagen de lo que me gustaría ser o cómo querría verme que no logra encajar con lo que soy. Ahora, en las fotos, aparezco con un rostro de una mujer mayor y tiene algo que me es familiar: se parece al de mi mamá. Yo con el rostro de mi madre.

Como lectora me había topado con esas historias donde en el peor de los momentos, en la más terrible de las circunstancias viene una revelación. Digamos que, en mi imaginación, estaba preparada para un encuentro de esta naturaleza. O eso pensé hasta que me tocó.

A los treinta años me casé con un extranjero. Me sentí lo suficientemente enamorada como para comprometerme y casarme

pues le tenía y le tengo miedo al matrimonio. Me convenció aunque las posibilidades de un final feliz eran remotas, ya que en su país era mal visto casarse con alguien de afuera y él tenía un hijo de un matrimonio anterior. Tampoco era una romántica para pensar que un matrimonio era una solución al problema de la soledad pero sí significaba el inicio de una familia propia. Tuvimos una boda lindísima y mi familia estaba contenta de que al fin hubiera dado un paso hacia una vida menos solitaria. Nos mudamos a una casa que me regalaron mis padres mientras él preparaba una exposición individual para el Museo Carrillo Gil. Todo iba bien.

Una noche despertó sumamente alterado y me contó que tuvo un sueño que le decía que se iba a morir en seis meses. Yo no le creí, pensé que era una exageración producida por las dificultades que implica adaptarse a un país diferente. No pensé que hubiera sueños así, por mi educación marxista, psicoanalizada, pero a los pocos días empezó a sentirse muy mal y, después de muchas vueltas con distintos doctores, le diagnosticaron una leucemia blástica aguda nivel cuatro. Efectivamente, se iba a morir. Aun después de escucharlo no cabía en mi cabeza. Mi cuerpo temblaba, horrible. Quiso regresar a su casa, con su madre y su hijo. Lo acompañé pensando que podíamos vencer la enfermedad, que se podía con voluntad. En el hospital, en la sala de los pacientes terminales, donde los parientes también nos veíamos enfermos, entendí que no, que la enfermedad tiene su camino. Es verdad que no hay manera de saber con certeza su desenvolvimiento, pero hay un momento en que no hay vuelta atrás. Ahí, así, descubrí lo que es el amor. El amor como un bálsamo. Encontré algo en mí que no esperaba. Murió, como le había sido dicho en su sueño, seis meses después.

Regresé a nuestra casa. Fue difícil porque ya no era la misma. Me volví extranjera.

Me sorprende ver en mi hijo tristezas que son parecidas a las de su padre con quien nunca ha vivido. Me sorprende cuando alguien me dice lo que sintió al ver una obra mía y lo que describe es algo que, efectivamente, me pertenece.

Es mucho lo que he aprendido de mi mamá, de mis hermanas y de mí misma en estos últimos años.

El Alzheimer de mi madre nos llevó a recorrer nuestra infancia. Una infancia hecha con muchos silencios y malentendidos, con una dura competencia entre nosotras y mi madre. Regresamos a la historia de mi mamá mientras perdía la memoria y quedaban pequeñas anécdotas que habían tallado su personalidad, sus miedos y, sobre todo, sus secretos. Aprender a quedarse cuando gritaba, cuando no te reconocía y reaccionabas con ira porque una parte de ti, la más infantil, reconocía la voz de tu mamá enloquecida y no podías soportarlo. Acompañarla en la pérdida de las palabras, abrazarla y protegerla, volverse madre de tu madre. Volverse adulta. Muy difícil.

No estaba preparada

No estaba preparada para la muerte de mi hermano Rolando junto con su mujer, Elena, en un accidente automovilístico en 1985. Nunca vimos los cuerpos. Mi papá pensó que era mejor así. Mi mamá la pasó muy mal y quizá ahí empezó su enfermedad.

Nosotros, los hermanos, hablamos poco sobre eso. Después de su muerte fuimos todos los hermanos a comer y estar juntos sin esposos y sin mi madre. Hablamos todos como nunca más lo volvimos a hacer, contamos de uno en uno el sueño que nunca compartimos, en el que Rolando regresaba a casa. La sorpresa y la alegría de verlo de nuevo mezclada con la pregunta ¿por qué te moriste?

Tampoco estaba preparada para la enfermedad de mi primer marido. Ver su deterioro, entender su dolor porque no iba a ver crecer a su hijo, mi impotencia al regresar y ver sus piezas sin terminar. Ahora puedo agregar que no estoy preparada para que alguien tan joven enferme.

Fue tan fuerte el descalabro que veía todos los programas de televisión que contaran la historia de una pareja donde a uno de ellos

le diagnosticaban cáncer. Como despertando de un trance, después de un proceso de compensación, dos años después pude parar y cambiar el canal. Tardé mucho tiempo en recuperarme y, por no pedir ayuda, me metí en muchos problemas. Pero aprendí cosas importantes en esos programas porque es muy raro poder hablar de la enfermedad y la muerte con amigos o gente cercana, nos da tanto miedo. Es una experiencia tremenda que nos deja sin rumbo, nos vuelve frágiles y ya nada damos por hecho. Te conviertes en otra persona.

Recuerdo muy bien mi llegada al hospital y mi entrada a la sala de enfermos terminales. No quería mirar a nadie a los ojos porque no quería ser parte de esa comunidad ya sentenciada, hasta que me di cuenta que los otros, los de los otros pisos, sólo evitaban mirarme cuando acompañaba a mi marido. La muerte estaba cerca y era obvio que le faltaba poco, tan delgado y con tan mal color. No nos querían ver, no querían ser de nuestro grupo.

Tampoco estaba preparada para enfrentar la enfermedad de mis padres: el cáncer de huesos de mi padre y el Alzheimer de mi madre. Con mi padre pude tener un acercamiento físico muy intenso porque ya no tenía ese miedo que da la primera vez que te enfrentas a la enfermedad. Ese miedo a sentir tanto dolor que te paraliza y quieres huir. Y me hacía falta esa cercanía. Pude escucharlo y entender que le costaba trabajo aceptar ese cuerpo que sentía le había fallado, que le había ganado. Sin embargo murió en casa, en su cama, tranquilo. No es poco.

La experiencia anterior me hizo estar más atenta para entender que pasan cosas durante las esperas en los hospitales o mientras cuidas a tu enfermo, que de pronto dan frutos exóticos, de sabores desconocidos pero dulces. No todo es pérdida.

Y con mi madre sigo sin estar preparada. Siempre tengo la duda de si no estará atrapada en ese cuerpo, como me decía mi padre en sus últimos días. Si por momentos vuelve completa, como a veces me lo parece o si, en ese decir en el que pone tanto esfuerzo, hay palabras que no alcanzo a comprender. Su enfermedad me da miedo. Me da miedo ser un cuerpo a la deriva, al que

hay que cuidar y proteger, pero más miedo me da no poder comunicarme, que mi cuerpo ya no me obedezca, estar rota adentro.

Tampoco estaba preparada para la muerte de Juan José, mi hermano mayor que hizo de padre para algunas de nosotras. Era a quien siempre llamaba por teléfono cuando tenía algún problema y quien siempre me recibió en su casa con los brazos abiertos no importando el lío en el que estaba metida. Gracias a él pude lograr cierta independencia de mi padre y hacer una vida más a mi manera lejos de la mirada severa que mi papá me imponía o que ya tenía integrada en mi cabeza. Fue una muerte rápida, un ataque al corazón, que creo es la muerte que mejor iba con él. Intenso, fuerte, amoroso y contradictorio. Mi gemelo nueve años mayor.

Murió un poco antes del primer aniversario de la muerte de mi padre, llevándose una época, una manera de hacer y construir una familia. Nos dividimos, rompimos con una infancia dominada por patriarcas. Quedamos cuatro mujeres.

Siempre creo no estar preparada. Cuando iba a entrar a la pre-primaria, aunque ya sabía leer y escribir, le pedí a mi mamá que me mandara a clases porque no me sentía lista.

Cada exposición, cada conferencia me hace sentir que no estoy preparada. Dudo de lo que hago, me dejo influir por lo que se supone debería ser o no escucho los consejos que me habrían ayudado. Hay obras en las que me faltó preparación o decisión, fracasos que se volvieron momentos decisivos de cambios.

No estaba preparada para entender que la paciencia es un don y que las cosas tienen su tiempo. O que es muy difícil saber qué tipo de artista eres y cuál el destino de tu carrera.

Retos, desconcierto

Tengo fatiga crónica. Esto es, una mala relación con mi cuerpo pues nunca me doy cuenta que estoy agotada hasta que empiezo a decir tonterías y se me caen las cosas de las manos. En casa decían que era torpe. Me llevó mucho tiempo entender mis tiempos. Ha

sido un reto aceptarme como soy y tenerme un poco más de confianza.

Tengo una doble personalidad muy acentuada y puedo discutir conmigo misma de manera obsesiva por horas. De ahí viene que ponga textos en mis dibujos.

Ser maestra ha sido un reto. ¿Se puede enseñar a ser artista? Creo que no. Yo misma no pude con la escuela, tenía tanta prisa por hacer mis propias cosas. Y luego esto de la profesionalización me da desconfianza ¿Cómo sabemos cuál es la manera de cultivar el talento? Sin embargo, veo que mis alumnos se entusiasman y que dar clases me ha permitido ordenar mis conocimientos. He sido mi propia maestra y estoy agradecida pues pude tirar a la basura montones de ideas y prejuicios que tenía guardados hace años. No sé si se pueda enseñar a alguien a convertirse en artista, lo que sí se puede es subrayar que ser creativo es un lugar necesario para vivir.

El mayor reto es ser madre sin dejar de ser persona, mujer, artista. Soy madre soltera así que esto fue un poco más difícil y solitario, con sus beneficios. Tener un hijo ha sido la mayor felicidad posible. Siempre quise tener una familia aunque no estaba segura de ser muy buena pareja y capaz de conservar una relación sin sentirme ahogada. Con mi hijo descubrí o confirmé el regalo de tener amigos. Han sido ellos los que me han protegido y acompañado en mi maternidad tan solitaria. Mis amigos, mujeres y hombres, me han dado apoyo incondicional para que mi hijo conozca muchos tipos de amor. Pero como mujer tienes que pelear con la sociedad para tener derecho a no ser la madre agobiante que nos encanta en México. La escuela es dura con las madres que trabajan y ni decir de las "señoras con camioneta" que se creen con derecho a juzgarnos con cierta superioridad. Lo que más me impresiona es cómo hay una imagen de la madre soltera que busca "deshacerse de sus hijos" porque pide favores. ¡Qué cuidadosa había que ser con las mamás de los amiguitos para que no sintieran que quería "encajarme"! Afortunadamente encontré en las madres que sí trabajaban apoyo y solidaridad.

Lo que se espera de las madres es muy peligroso pues involucra una negación de la propia persona y que los hijos se vuelvan muy dependientes e incapaces de tener una opinión propia. Hay una venganza por haber cedido tus derechos como persona que lo cobras con la sumisión de los hijos. La dificultad mayor es saber estar presente y dar amor y cuidado al hijo y a ti misma.

Ser una mujer artista también es un reto. Veo que las artistas jóvenes no conocen el trabajo de las otras generaciones ni las dificultades que suponía ser una mujer artista. No quiero que nos reconozcan sino que puedan ver y entender algunas de sus inquietudes y de donde provienen nuestras soluciones "estéticas". He visto como maestra la necesidad de comenzar las clases por medio de un reconocimiento del cuerpo y la distinción entre sexo y género. Para los hombres consiste en definir su campo de atracción sexual: pintan penes y vaginas. Conocer su deseo erótico los hace reconocerse en su cuerpo y separarlo de lo que llamo su cuerpo católico, lleno de culpa. Las mujeres, en cambio, van mucho más por el autorretrato, rostro o cuerpo, más visceral o indefinido, como sugiriendo más que definiendo. Hay una frase de Camille Paglia que me parece ilustra bien esta diferencia, dice que, para los hombres, el descubrimiento erótico es una continuación de una exploración de los sentidos mientras que para la mujer es romper un lugar secreto, cerrado, que no puede ver.

Quizá porque crecí cerca de mujeres de una generación anterior que nos compartieron muchas de sus experiencias y dudas, que nos facilitaron el terreno para construir obra, no como excepción sino como una generación de artistas con un lenguaje propio y diferente de los hombres, puedo ver la necesidad de que este diálogo entre generaciones tenga su importancia, que creo es el motivo mismo de este libro.

Y por último, el reto más usual y más complicado es la pareja.

Ahora la tengo, después de muchos años de estar sola, y veo por qué me costaba tanto trabajo pensarme en una relación. Hay una parte de mí que quiere seguir siendo salvada, como en los cuentos de hadas. Salvada de mí misma, de los sueños no cumpli-

dos o de los proyectos que sí hice y que me volvieron una persona autosuficiente. Compartir con alguien implica conocerse bien sin ningún tipo de mistificación y distinguir qué es lo que realmente necesitas y qué te gustaría tener. No creer que los límites importan o que la pasión tiene muchas formas de presentarse es todo un reto y es más desmitificador de lo que uno cree debe ser el amor erótico. Quiero decir que en la pareja es donde me encuentro menos educada, menos enterada de quién soy y quién es el otro.

Anthony Giddens decía que la ventaja de las parejas homosexuales *versus* las heterosexuales es que en las primeras es claro que tiene que haber una negociación de roles y deberes y en la segunda damos por hecho muchas cosas, ocultando problemas de dependencia y miedo de maneras hipócritas. Y muchos tan bien escondidos, durante tanto tiempo, que resulta muy vergonzoso darles nombre. Una pareja implica ser generosa y saber decir que no lo puedes todo. Para mí fue quitarme, de una buena vez, el traje de supermujer y ser, finalmente, sólo yo.

El primer libro de *Gritos y susurros* generó entusiasmo y energía porque tejió una comunidad entre quienes lo leyeron, lo comentaron y lo recomendaron; su éxito demostró que las mujeres de México necesitan compartir sus historias, identificarse con ellas. Este libro continúa el ejercicio de libertad iniciado con el primer volumen y convoca nuevamente a un grupo diverso de mujeres —escritoras, actrices, artistas, políticas, funcionarias, empresarias, chefs, cantantes— a contar sus historias. Los textos son aleccionadores y emancipadores. Al leer a estas mujeres, se vuelve fácil reconocer que nos necesitamos las unas a las otras para compartir nuestras experiencias, elaborar nuevas formas de entendimiento, saber cómo somos y cuánto nos falta por hacer, para cargar una antorcha e iluminar el mundo como ellas lo hacen.



AGUILAR



ISBN: 978-607-11-0173-0



9 786071 101730